



Revista de Claseshistoria

Publicación digital de Historia y Ciencias Sociales

Artículo Nº 417

15 de abril de 2014

ISSN 1989-4988

DEPÓSITO LEGAL MA 1356-2011

[Revista](#)

[Índice de Autores](#)

[Claseshistoria.com](#)

TERESA M^a MAYOR FERRÁNDIZ

Artemisia I^a, tirana de Halicarnaso

RESUMEN

La tirana Artemisia I^a de Halicarnaso aparece citada en el Libro VII de la monumental Historia del historiador Heródoto, quien demuestra por su paisana una gran admiración. Esta reina doria participó en la batalla naval de Salamina como “*aliada*” del rey Jerjes de Persia y su cabeza fue puesta a precio: diez mil gracias para quien la capturase viva porque los griegos consideraban algo inadmisibile que una mujer hiciera la guerra a Atenas. La verdadera reina Artemisia no tiene nada que ver con la villana guerrera que aparece en la película “*300. El origen de un imperio*”.

PALABRAS CLAVE

Lígdamis, Paniasis, Hoplita, Medo, Aliado, Enseña, Trierarco, Damasítimo, Proskínesis, Ahura Mazda, Roca Leúcade, *Andreia*, Croma.

Teresa M^a Mayor Ferrándiz

Licenciada en Geografía e Historia

Profesora de Historia en el IES Joseph Iborra de Benissa

teresa.mayor@gmail.com

[Claseshistoria.com](#)

15/04/2014

“Diez mil dracmas para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisibile que una mujer hiciera la guerra a Atenas” (Heródoto, VIII, 93, 2. Traducción del profesor Carlos Schrader).

Aforismo 237: Para tener un conocimiento superficial de lo que sucede a nuestro alrededor bastan los periódicos: todo es nuevo bajo el sol. Pero para tener un conocimiento más profundo de nuestro presente lo más oportuno es familiarizarse con el pasado: nada nuevo bajo el sol. (Rafael Argullol: El cazador de instantes. Cuaderno de travesía 1990-1995, Barcelona, 1996, Ed. Destino, Pág. 113).

Artemisia de Halicarnaso debió de ser muy famosa en su época por su intervención en la batalla naval de Salamina, al lado del rey persa Jerjes. El cómico Aristófanes la menciona, por boca de uno de sus personajes de ficción, el Corifeo, en su célebre y divertidísima comedia **“Lisístrata”**. Aparece en una escena en la que el citado personaje masculino se queja de la actitud militante que han tomado las mujeres atenienses para poner fin a una guerra que enfrentaba a griegos contra griegos (alusión directa a la Guerra del Peloponeso):

...Llegarán a mandar construir naves e intentarán incluso hacer una batalla naval y navegar contra nosotros, como Artemisia – dice –

Y después de nombrar a Artemisia, el mismo personaje masculino, menciona, a continuación, a las míticas mujeres guerreras, las amazonas, para concluir, su poco afortunado discurso, con esta propuesta violenta y decididamente ginecofóbica:

...Hacía falta que las agarráramos a todas ellas y les sujetáramos por el cuello en un cepo perforado (1).

Artemisia ostentaba el honor de tener un nombre *teofórico*, o *teónimo*, es decir, de una divinidad helénica, en este caso de la diosa de la caza Ártemis, hermana gemela de Apolo. Era hija de una aristócrata cretense y del rey de Halicarnaso, llamado Lígdamis, como el tirano de Naxos y como su propio hijo. Se debió casar hacia el 500 a. C. con un esposo cuyo nombre desconocemos y que murió poco después. Como el hijo que

dejaba era demasiado pequeño para ocupar el trono de Halicarnaso, la reina viuda se hizo cargo del poder, como otras muchas reinas viudas cuyo cónyuge real ha fallecido, y lo hizo con su título de *Týrannos*, o gobernante autocrática (2). El historiador Heródoto nos presenta así a Artemisia, en el Libro VII, 99, de su monumental **"Historia"**:

Artemisia, una mujer que tomó parte en la expedición contra Grecia y por quien siento una especial admiración, ya que ejercía personalmente la tiranía (pues su marido había muerto y contaba con un hijo todavía joven) y tomó parte en la campaña, impulsada por su bravura y arrojo (3).

"¡Una mujer y madre en la vanguardia de una tropa de élite!", escribe, con evidente asombro, Albert Schlögl, en su libro sobre Heródoto, para, a continuación, comentar que este hecho seguiría siendo, todavía, en nuestro tiempo, un titular en destacadas páginas de la prensa amarilla y sensacionalista: *"Tanto más debió impresionar a los antiguos griegos, que rendían pleitesía a un patriarcado sin concesiones"*(4).

Resulta curiosa la confesión que hace Heródoto de su admiración por Artemisia, cuando él y su familia se implicaron en luchas y conspiraciones contra el hijo de esta reina, pero, como historiador, intentaba separar los asuntos familiares de su obra escrita. El propio Heródoto tuvo que exiliarse de Halicarnaso hacia los años 468–467, al verse envuelto en una rebelión contra el tirano Lígdamis, quien mandó ejecutar al poeta Paniasis, tío carnal suyo y autor de una monumental obra, **"Heracleia"**, escrita en unos catorce libros, de los que sólo se conservan algunos fragmentos y algunas referencias indirectas en la **"Biblioteca"** de Apolodoro (I, 5, 2; III, 10, 3 y III, 14, 4). Esta sublevación, en la que estaría implicado el ya citado Paniasis, tuvo lugar en estrecha conexión con el ambiente posterior a la Segunda Guerra Médica. Atenas siempre trató de liberar a las ciudades de Asia menor, todavía sometidas a Persia. A partir del año 467 a. C., fecha de la batalla de Eurimedonte, ganada por Cimón, muchas ciudades griegas de Asia Menor, entre ellas Halicarnaso, lograron su independencia definitiva del Imperio Persa (5).

Según Heródoto, la tirana Artemisia:

Imperaba sobre Halicarnaso, Cos, Nisiro y Calidna, y aportaba cinco navíos. Precisamente las naves que aportó eran las más celebradas de toda la flota, después, eso sí, de las de Sidón.

Ella fue también consejera del Rey de los persas, Jerjes, y quien:

Dio al monarca los más atinados consejos (VII, 99, 2-3).

Uno de ellos fue que no se enfrentase por mar contra los griegos:

Reserva tus naves y no libres un combate naval, pues, por mar, nuestros enemigos son tan superiores a tus tropas como lo son los hombres a las mujeres. Además ¿por qué tienes que correr a toda costa riesgos en enfrentamientos navales? ¿No eres dueño de Atenas, por cuya conquista emprendiste la expedición? ¿No eres dueño, asimismo, del resto de Grecia (6)? Nadie te ofrece resistencia; y quienes lo han hecho han acabado tal y como merecían (7).

Este último párrafo del “discurso” de Artemisia es, posiblemente, una alusión directa al rey Leónidas y a los Trescientos hoplitas *espartiatas* que murieron luchando contra los persas en la batalla del Paso de las Termópilas, combatientes muy admirados por Heródoto, quien, en su Libro VII, los eleva a la indiscutible categoría de héroes míticos, dignos continuadores de las gestas homéricas. Y continúa hablando la tirana Artemisia:

Si te apresuras a librar de inmediato una batalla naval, temo que una derrota de la flota acarree, de paso, serios perjuicios al ejército de tierra (VIII, 68).

La franqueza de las palabras que Heródoto pone en boca de Artemisia suscita entre los persas y sus aliados (en realidad jefes de pueblos sometidos por éstos) distintas reacciones. Por una parte los que simpatizaban con ella:

Se sentían apesadumbrados por sus palabras, en la creencia de que, por orden del monarca, iba a sufrir algún castigo, dado que se oponía a que presentara batalla por mar.

Y, por otra:

Quienes la detestaban y le tenían envidia, porque, de entre todos los aliados (8), era una de las personas a las que Jerjes más estimaba, se alegraban de su intervención, seguros de que le costaría la vida (9).

Heródoto, con estas palabras, nos presenta un mundo de intrigas, antipatías, animadversiones y rivalidades entre los distintos caudillos de los pueblos sometidos por los persas (medos –de quienes descienden los actuales kurdos-, cilicios, matienos, fenicios, lidios, masagetas, carios, bactrianos, egipcios...) que luchaban junto con su rey, Jerjes, contra los griegos. Y, sobre todo, nos habla de la intrigante reina de Halicarnaso, una audaz mujer que luchaba por ganar un puesto destacado en un mundo de hombres y que combatía contra la libertad de los griegos (10). El rey persa, según Heródoto:

Se sintió muy complacido con la (opinión) de Artemisia y, pese que la consideraba una mujer muy notable desde hacía tiempo, en aquellos momentos su aprecio aumentó considerablemente (11).

No obstante decidió enfrentarse a los griegos por mar, en la isla de Salamina. Y Artemisia combatió allí, con todas sus naves, mostrando una sangre fría y una falta de escrúpulos admirables. Por su parte, los griegos ofrecieron una recompensa de:

Diez mil dracmas para quien la capturase viva, ya que consideraban algo inadmisibile que una mujer hiciera la guerra a Atenas (VIII, 93, 2).

Era mucho dinero porque podemos considerar que esta cantidad sería el equivalente al sueldo bruto de un obrero asalariado durante unos tres años de duro trabajo (12). Además, en la ciudad de Esparta, había una estatua de Artemisa. Estaba situada junto a otras de malhechores y enemigos persas. Vendría a ser una especie de “fichero”, o de “picota”, según nos cuenta Pausanias en su “Viaje a Grecia” (III, 2, 3).

En la batalla de Salamina nos podemos imaginar a la tirana de Halicarnaso sentada en la cubierta de la plataforma de popa de su navío, protegida del sol por un toldo, ella la única mujer en un barco lleno de guerreros armados.

En un momento de la batalla, Artemisia, al verse acosada por un navío ateniense, embistió violentamente contra una nave “aliada” de los persas, hundiéndola, para

poder escapar, así, del acoso griego. Pretendía hacer creer a sus perseguidores que embestía a un barco pro-persa y que ella era, pues, una “aliada” de los griegos antipersas, es decir, de los atenienses y de los espartanos, entre otros muchos combatientes de las distintas “polis”... Así nos narra Heródoto este incidente:

...En el preciso momento en que las fuerzas del rey se hallaban en plena confusión, la nave de Artemisia se vio acosada por un navío del Ática; como no podía escapar (pues delante de ella había varias naves aliadas y se daba la circunstancia de que la suya era la que se hallaba más próxima al enemigo), decidió –y la medida dio resultado- hacer lo siguiente: al verse acosada por el navío del Ática, embistió violentamente a una nave aliada, tripulada por alindeos, a bordo de la cual iba el propio rey de Calinda, Damasítimo. Ahora bien, yo no puedo precisar si es que había mantenido alguna polémica con él cuando todavía se hallaban en el Helesponto, si tampoco si lo hizo premeditadamente, o si la nave de Calinda chocó con la suya por haberse cruzado casualmente en su camino. Sea como fuere, después de haberla embestido, provocando su hundimiento, Artemisia tuvo la fortuna de granjearse un doble beneficio: el trierarco de la nave ática, al ver que embestía a un navío bárbaro, creyó que la nave de Artemisia era griega o que estaba desertando de la flota de los bárbaros para apoyar a los griegos, por lo que mandó cambiar el rumbo y se dirigió contra otras naves.

Así fue como Artemisia pudo escapar, evitando la muerte (...). Jerjes -agregan- preguntó si la hazaña se debía realmente a Artemisia, a lo que los asistentes respondieron afirmativamente, pues conocían a la perfección el emblema de su nave y creían que el navío destruido era enemigo (a la serie de circunstancias favorables que, como he dicho, le sucedieron, se añadió el hecho de que no se salvara ningún tripulante de la nave de Calinda que pudiese acusarla). Y según cuentan, ante esa aseveración, Jerjes manifestó: “Los hombres se me han vuelto mujeres; y las mujeres, hombres”. Esto fue, según dicen, lo que comentó Jerjes (Historia, VIII, 87-89).

En relación con esta célebre muestra de astucia, Polieno cuenta que, en la contienda naval, Artemisia cambió varias veces de enseña, usando la que más le convenía según el momento y la situación en la que se encontraba. O sea, estandartes griegos o persas, indistintamente, a lo largo del curso de la batalla (Polieno: *Estratagemas*, VIII, 53, 1, 3):

Cuando Artemisia era trierarco de una nave larga, no sólo tenía la enseña de los bárbaros, sino también la de los griegos. Si perseguía una nave griega, izaba la enseña bárbara, pero si era perseguida por una nave griega, izaba la griega, para que sus perseguidores se apartaran de ella, creyendo que era una nave griega (13).

El trirreme ateniense estaba capitaneado por Aminias de Palene, uno de los héroes griegos. La víctima de Artemisia era, como hemos dicho, el trirreme de Damasítimo, rey de Calinda, una ciudad situada al sureste de Halicarnaso. Ambas ciudades eran vecinas y, como tales, tal vez hubiesen rivalizado entre ellas por cuestiones fronterizas. Se puede pensar que Artemisa se aprovechase de la ocasión para ajustar cuentas, para vengarse... Jerjes vio la maniobra de Artemisia contra Damasítimo y tomó a éste por enemigo, por lo tanto, la reina de Halicarnaso, a los ojos del soberano persa, ganó en estima y consideración. Pero... ¿qué pudo pasar con los soldados supervivientes del navío de Damasítimo? ¿Percieron todos cuando se hundió el barco calindio después de la embestida de la astuta Artemisia? ¿Ordenó Artemisia a sus arqueros disparar contra cualquier calindio vivo? Tal vez Artemisia tenía el valor suficiente como para ordenar un baño de sangre, pero con tantos barcos griegos a su alrededor, los pobres supervivientes calindios tenían muy pocas posibilidades de salir con vida de la contienda. Incluso los mejores nadadores podrían perecer golpeados por los remos de los trirremes griegos (14).

Como los temores de Artemisia se hicieron realidad (una espectacular victoria militar griega en la batalla de Salamina), Jerjes decidió pedirle consejo por segunda vez:

Dado que anteriormente había sido, sin lugar a dudas, la única en intuir lo que había que hacer (VIII, 101).

Cuando la Tirana de Halicarnaso llegó a la tienda del rey persa, éste le dijo, según Heródoto, lo siguiente:

Mardonio me sugiere que me quede aquí y que ataque el Peloponeso, alegando que, ante mí, los persas y el ejército de tierra no son responsables de desastre alguno y que, para ello, sería un placer poder demostrarlo (...) Y, en cuanto a mí, me sugiere regresar a mis dominios con el resto de las tropas. Por consiguiente, y como quiera que me diste un buen consejo a propósito de la batalla naval que acaba de tener lugar, al tratar de que no la librase, aconséjame ahora qué plan debo seguir para que mi decisión sea realmente acertada (CIII, 101).

Entonces Artemisia le responde:

*Debes regresar a tu patria y dejar aquí a Mardonio, si quiere hacerlo y se compromete a cumplir lo que ha dicho, con los soldados que desea. Pues, ante todo, si logra someter lo que, según él, pretende subyugar y le sale bien el plan del que habla, el éxito, señor, te pertenece a tí, ya que lo habrán conseguido tus **esclavos**. Pero, además, es que, si sucede lo contrario de lo que piensa Mardonio, no será ninguna catástrofe, dado que tú estarás a salvo, al igual que lo estará todo lo relativo a tu dinastía. De hecho, si tanto tú como tu dinastía os encontráis a salvo, los griegos deberán arrastrar muchas campañas para salvarse. Y, en cuanto a **Mardonio**, de pasarle algo, **carece de importancia: si los griegos lo vencen, su victoria será intrascendente**, porque habrán matado a **un esclavo tuyo**. Por otra parte, tú te vas a marchar después de haber incendiado Atenas que era el objetivo por el que organizaste la expedición (VIII, 102).*

Es frecuente la utilización del "estilo directo". Pero es necesario aclarar que, a la hora de analizar casi todas estas "intervenciones" y "consejos" atribuidos a la reina Artemisia hay que tener una cierta prudencia y bastante precaución, ya que, en realidad, es Heródoto quien se cita a sí mismo. Por ello, pese a que muchos historiadores actuales no consideran como hechos históricos estas intervenciones y consejos que Artemisa le da al rey Jerjes, esta tirana griega se erige como una "figura retórica" que le sirve a Heródoto para simbolizar la supremacía moral de los griegos frente a los otros consejeros persas. Bien, continuamos, después de esta aclaración, diciendo que Heródoto concluye así la *intervención* de Artemisia:

Jerjes se sintió complacido con el consejo, pues lo que decía Artemisia coincidía plenamente con lo que él mismo pensaba (en mi opinión, aunque todo el mundo, hombres y mujeres, le hubiese aconsejado quedarse, el monarca no lo habría hecho, tan aterrorizado estaba).

Colmó, pues de elogios a Artemisia y le ordenó que se dirigiera a Éfeso con sus hijos, dado que le habían acompañado algunos de sus bastardos (VIII, 103).

En la monarquía persa todos los súbditos eran considerados como esclavos del Rey, independientemente de su rango y categoría. Esto se ve aquí, en el texto de Heródoto, un griego, en las palabras (reales o inventadas, tanto da) que pone en labios de Artemisia, cuando califica a los hombres del ejército persa y al propio Mardonio (yerno de Darío I y cuñado del propio rey Jerjes) como “esclavos”. El rey persa, que llevaba los títulos de Rey de Reyes (*Shāhanshāh*) y Gran Rey, exigía a sus súbditos obediencia total, fidelidad y postración ceremonial, llamada “**Proskínesis**”, ante su presencia, pero, contrariamente al faraón de Egipto, a otros reyes orientales y al monarca macedonio Alejandro Magno (quien, posteriormente, se adueñaría de todo el Imperio Persa), no estaba considerado un dios, aunque su poder procedía del mismo Ahura Mazda.

En el texto vemos, también, como el Gran Rey Jerjes I confía sus numerosos hijos bastardos a Artemisia, como una prueba más de su confianza y admiración hacia esta decidida y valiente mujer. Sabemos por Plutarco que Artemisia había reconocido el cadáver de Ariamenes, hermano o tal vez hermanastro del Gran Rey persa, que estaba flotando en el mar. Ella lo recogió y se lo entregó a Jerjes (Plutarco, *Vida de Temístocles*, 14, 3). Para el arqueólogo y escritor italiano Valerio Massimo Manfredi la tirana Artemisia de Halicarnaso era: “*Aliada de Jerjes y su amante*” (15), afirmación que es muy discutible y muy *peculiar*.

La única esposa legítima de Jerjes era Amastris, con quien tuvo tres hijos varones: Darío, Artajerjes e Hipastes. Heródoto, en su Libro IX, nos retrata a la persa Amastris como una mujer tremendamente celosa y vengativa, que actúa con gran sadismo y crueldad contra sus rivales femeninas, sospechosas de compartir el lecho y el amor de su marido, el rey Jerjes.

Pero, volvamos a Artemisia de Halicarnaso: De esta reina griega la **Enciclopedia Espasa-Calpe** nos da esta pequeña reseña mítico-biográfica. Destacamos el final, casi tan patético como una tremenda tragedia griega, como las escritas por alguno de los grandes autores dramáticos griegos de época clásica:

Reina de Halicarnaso. Después de la muerte de su marido Lígdamis, acompañó a Jerjes en su expedición contra Grecia. Se distinguió en el combate de Salamina (480 a. d. C.) y poco después se apoderó de Patmos.

Enamorada del joven Dardano de Abidos, como éste no le correspondía le mandó sacar los ojos. Acosada por los remordimientos se suicidó arrojándose desde lo alto de la roca Leúcade (16).

Triste y “moralista” final que no concuerda con la Artemisia que Heródoto nos ha retratado tan admirablemente en su “**Historia**”: una mujer de carácter muy fuerte, llena de “hybris”, valiente, luchadora, guerrera, carente de escrúpulos y para quien el fin justifica todos los medios empleados para llegar a él.

En uno de los libros que ha publicado la periodista y escritora madrileña Rosa Montero, titulado “**Historias de mujeres**”, se recoge también esta tópica leyenda de desamor, loca pasión y cruel venganza:

Se enamoró de Dárdano y, al ser rechazada por él, le mandó arrancar los ojos y después se quitó la vida.

Esta noticia posiblemente inventada a posteriori, procede de un escritor tardío, del siglo II a. C., llamado Tolomeo Hefestión, cuya obra, *Nueva Historia*, es resumida por Photius. El profesor Barry Strauss, en su libro “*La batalla de Salamina. El mayor combate naval de la antigüedad*”, escribe sobre este tema que:

Años después, circuló el rumor de que se había dado muerte tras sufrir el rechazo de un amante, pero sólo después de atacarlo mientras dormía y sacarle los ojos. En ella se combinaba la astucia de Atenea y la atracción de Afrodita. Y detrás de esas dos cualidades se encontraba la ambición de Hera, la reina del Olimpo (17).

La roca Leúcade, o “*Blanca*”, es un elevado peñasco que, evidentemente, existe en la isla de Leucas, o Leúcade, situada al lado de la mítica Ítaca, en el mar Jónico, cerca de las costas de Acarnania, al sur del antiguo Epiro. Allí se hallaba un templo dedicado al dios Apolo, donde, según la tradición, se arrojaban al mar los amantes desgraciados. Hay una leyenda, falsa, por supuesto, que afirma que desde esta misma roca se suicidó la gran poetisa Safo de Lesbos, arrojándose a las profundas aguas marinas (18). Leyenda que fue recogida, entre otros muchos autores, por el poeta latino Ovidio en su obra “*Cartas de las heroínas*”, conocida, también, como “*Heroidas*”. Esta tradición de suicidios por amores no correspondidos y desgraciados no guarda ninguna relación con la realidad. Los que se arrojaban al mar desde este famoso peñasco no lo hacían para, voluntariamente, poner punto final a sus días, sino que buscaban, con este **acto**, absurdo, peligroso e irracional, encontrar una especie de liberación de las tribulaciones y de las angustias cotidianas. En definitiva, una expiación, una “*katarsis*” (19).

El gran poeta Anacreonte, en uno de sus fragmentos conservados de un poema suyo, mutilado, ironiza cínicamente sobre este tema:

Tirándome de nuevo desde la roca de Leúcade, me sumerjo en la mar canosa, ebrio de amor (20).

Sin embargo no nos han llegado noticias sobre las actividades de Artemisia a partir de la llegada a su ciudad, Halicarnaso, después de su participación en la batalla de Salamina (hacia el 25 de septiembre del 480 a. C.). No sabemos ni cómo ni cuándo pudo morir. Pero su dinastía se hallaba sana y salva varias generaciones después. Su hijo Lígdamis gobernó como rey de Halicarnaso entre los años 460-450 a. C. (21).

Polieno nos cuenta una “*estratagema*” muy ingeniosa que la tirana Artemisia llevó a cabo para lograr la ocupación de Latmo, una ciudad fortificada que se encontraba al norte de Halicarnaso:

Artemisia ocupó Latmo y ocultó la fuerza armada y, celebrando una fiesta orgiástica con eunucos, mujeres, flautistas y tamborileros, se retiró al bosque de la Madre de los dioses, que dista siete estadios. Y al venir los latmios y observar y admirar su piedad, los emboscados salieron y se apoderaron de la ciudad, dominando con flautas y tímpanos a la que no pudieron dominar con las armas (22).

Descendiente de esta célebre tirana es la también famosa Artemisia II (siglo IV a. C.), quien, al quedarse viuda de su esposo Mausolo de Caria (377 – 353 a.C.), al que amaba apasionadamente, mandó construir un grandioso y espectacular monumento funerario en su honor, que es considerado una de las siete maravillas de la Antigüedad: el célebre Mausoleo de Halicarnaso (23), que dio origen a la palabra “Mausoleo”, que significa “*sepulcro magnífico y suntuoso*” (según la definición dada por el Diccionario de la Real Academia Española, 20^a, 1984). El Mausoleo de Halicarnaso era un monumento de orden jónico, sobre el que descansaba una especie de pirámide truncada que, a su vez, servía de pedestal a un carro de triunfo, que coronaba toda la construcción. Sus esculturas fueron realizadas por Briaxis, Leocares (autor de la bella y célebre estatua conocida como el “*Apolo de Belvedere*” del Museo Vaticano), Escopas y Timoteo. Fue destruido por un fuerte seísmo. Sus piedras fueron empleadas por los Caballeros de San Juan de Rodas para erigir una impresionante fortaleza. Este castillo alberga actualmente el magnífico museo de Bodrum dedicado a la Arqueología Submarina. En 1855 se excavó el lugar. Algunas esculturas, como las supuestas estatuas de Mausolo y de su esposa, la reina Artemisia II^a, y algunos fragmentos del friso, donde estaban representados combates de Griegos contra Amazonas y Centauros, se llevaron a Inglaterra. En la actualidad todas estas obras se conservan en el Museo Británico. Los cimientos del Mausoleo se localizan actualmente en la ciudad turca de Bodrum, construida en el emplazamiento de Halicarnaso. Además de este monumento fúnebre, su esposa Artemisia organizó unos fastuosos funerales, con competiciones literarias, destacando en éstas Teopompo (24).

¿Dónde empieza y dónde termina *lo real*? ¿Dónde el mundo de *lo imaginario*, de los mitos, de los tópicos que pasan de generación en generación, de las leyendas y de las ideologías? Paul Ricoeur, en su obra “*Ideología y Utopía*”, señala que:

Nadie conoce la realidad fuera de la multiplicidad de las maneras en que está conceptualizada, puesto que la realidad está metida en un marco de pensamiento que es él mismo una ideología (25).

Por lo tanto, las ideologías, todas, deforman la realidad, la manipulan consciente o inconscientemente. Como ejemplo extremado, y ultranacionalista, podemos citar estas “*Tesis*” sostenidas por la profesora turca Afet Inan, en una conferencia pronunciada el 23 de abril de 1930 ante *la Asamblea General de la Asociación Turca de Historia*:

El tronco más elevado y más antiguo de la cultura de la humanidad es el tronco turco, con el Altai y el Asia Central como patria. Los turcos fueron la base de la civilización china. Los sumerios (...) quienes construyeron en Mesopotamia y en Irán, alrededor de 7.000 años antes de Nuestra Era, la primera civilización de la humanidad, eran turcos. (...) Los dorios, a quienes más tarde se les llamó griegos, así como los hititas, eran turcos...

Para reforzar estos "argumentos" el propio Atatürk hizo crear bancos con los nombres de Etibank y Sumerbank. Esta *aberrante Historia Universal Turca*, al parecer, se sigue impartiendo, hoy en día, en muchos centros escolares de Turquía (26). Así pues, como hace notar Stéphanos Yerasimos, turcos eran los hititas, los sumerios y los aqueos, ancestros de los griegos. Pero esta construcción ideológica sólo podía servir para "consumo interno". No era, en absoluto, "exportable". Aunque Mohamed II el Otomano que ocupó Atenas diecinueve siglos después de la expedición del persa Jerjes, fue visto, por sus contemporáneos, como "El retorno del péndulo", y, en la Europa del Renacimiento, los turcos son vistos como los "descendientes de los troyanos". O sea "la venganza de Oriente sobre Occidente" (27). Es decir, observamos, pues, falsos mitos que han falsificado la realidad histórica y que se han transmitido, al parecer con bastante éxito, hasta nuestros días, en las escuelas y los institutos de la Turquía *kemalista*, como ya hemos señalado más arriba, y que, ahora mismo, muchos autores e historiadores turcos se atreven a cuestionar (ya era hora). Sobre todo porque el origen de los actuales turcos hay que buscarlo en un pueblo nómada de Asia central que llegó a enfrentarse a los chinos, quienes, para defenderse de sus numerosos ataques, construyeron su Gran Muralla, en el año 214 a. C. Muchos siglos después, hacia el III después de Cristo, unas terribles sequías obligaron a las numerosas tribus turcas a emigrar hacia las tierras más ricas del oeste, llegando a crear diversos estados, que comprendían a los turkmenios, kirguices, uzbekos, azeríes, kazajos, yakutos, chuvacos... Los selyúcidas conquistaron Anatolia después de su victoria de Malazgrit contra el ya decadente Imperio Bizantino en 1071 y, finalmente, en el año 1453, el joven sultán Mehmet el Conquistador tomó Bizancio, poniendo punto final al Imperio Bizantino y la Edad Media (28).

Una vez vistos estos ejemplos de manipulación "*interesada*" de la Historia, Hans Blumenberg, uno de los grandes pensadores alemanes del siglo XX (1920-1996) nos asegura, muy acertadamente, que:

La teoría es algo que no se ve. Es verdad que el comportamiento teórico consiste en acciones que están sujetas a reglas intencionales y que conducen a complejos de enunciados en conexiones reguladas, pero esas acciones sólo por su lado externo son interpretables como "ejecuciones" de algo. A alguien no iniciado en su intencionalidad, que ni siquiera sea capaz de suponer por su modalidad que pertenecen a la "teoría", tienen que resultarle enigmáticas y pueden parecerle chocantes y hasta ridículas. Para eso no hace falta llegar a la desconcertante ostentación de una cientificidad altamente institucional y "aparatazada" (29).

Los textos de Heródoto, que ya hemos visto aquí, y las leyendas posteriores que nos dan noticias (reales o inventadas) de esta célebre tirana *doria*, están impregnadas de un marcado lastre ideológico filogriego (filoateniense, para ser más exactos) y antipersa, legitimador de una autoridad, una política, unas costumbres y una forma de pensar, cuyas notas más destacadas referidas al mundo de las mujeres son:

1. Un fuerte machismo saturado de misoginismo (Hesíodo: "*Teogonía*", Creación de Pandora, versos 570 – 616) y de ginecofobia ("*Yambo de las Mujeres*" de Semónides de Amorgos; Eurípides: versos 616 – 624 de su tragedia "*Hipólito*", etc).
2. Una antagonica división sexual del espacio: la mujer encerrada en el "*gineceo*", el hombre en el ágora de las ciudades, en los gimnasios y en los campos de batalla.
3. Una concepción patriarcal de la familia, en la que las mujeres desempeñan un papel de eternas "*menores de edad*", sometidas, tuteladas y vigiladas por su "*señor*", su "*kyrios*"...

En este sentido la conducta de la tirana Artemisia de Halicarnaso debió de sorprender, y mucho, a los machistas ciudadanos de Atenas, al igual que le chocó al propio Heródoto, un *dorio* de Asia Menor (como la propia Artemisia), quien la llega a describir con rasgos típicamente masculinos y no femeninos, aunque emplee sustantivos y adjetivos del género femenino (*strateusamenes gunaikós, aúte, zygáter...*). Según

estos escritos, Artemisia II de Halicarnaso sería, pues, una mujer "a-normal", excepcional, rompedora de moldes y de estereotipos. Una mujer poseedora de "ANDREIA", la virtud "viril" por excelencia, que equivalía a hombría, valor, ánimo, fortaleza, bravura, valentía... Virtud antagonista de la típica, y tópica, "Sofrosyne" femenina. En definitiva, una hembra poderosa y guerrera, peligrosa, inteligente y casi tan astuta como el homérico Odiseo. Un contrapunto femenino a las "dóciles" y pacientes mujeres atenienses, contemporáneas suyas, aquéllas cuya máxima virtud era el silencio, tal y como recomendaban el trágico Sófocles (verso 294 de la tragedia *Ajax*: "Mujer, el silencio es un adorno en las mujeres") e, incluso, el propio Pericles, un político liberal, "ilustrado", amigo y protector de artistas y filósofos (Tucídides: "Historia de la Guerra del Peloponeso, II, 45), quien, no obstante, eligió como *compañera* a otra mujer que también se "alejaba" del modelo ideal ateniense: la bella e inteligente Aspasia de Mileto.

Si las reinas no son como las demás mujeres, Artemisia, en opinión del helenista e historiador Paul Cartledge fue, entre las reinas, una figura excepcional y única, hasta el punto de que se la puede comparar a la egipcia Hatshepsut, la única mujer que ostentó el varonil título de faraón (30). Porque, según palabras de la antropóloga Mercedes Fernández Martorell, "los humanos hemos construido casi toda nuestra identidad basándonos en esa pequeña porción de nuestro cuerpo que es nuestro sexo" (31). O lo que es lo mismo, los seres humanos hemos basado nuestra identidad (léase *Género*) en algo tan insignificante y tan pequeño como es nuestro sexo biológico. Es decir, muchas construcciones ideológicas están basadas en unas diferencias que, hoy en día y para los hombres y mujeres occidentales, se nos antojan ridículas, lo que no obsta para que, a lo largo de la Historia, se haya legitimado (por el patriarcado) el dominio de un sexo (el femenino) por otro (el masculino), ya que a las mujeres se las ha hecho responsables de las desgracias que sufre toda la Humanidad (mitos de Eva y Pandora). Se busca a un culpable (mujer) y sobre ese *chivo expiatorio*, o *cabeza de turco*, se vierten todos los males, temores y miedos... Así se demoniza, se sataniza a la mujer, para, después, dominarla mucho mejor. Claro que el éxito de esta "empresa" culmina cuando la *víctima*, completamente *alienada*, acepta como algo "natural", como un *mandato divino*, su propia sumisión al varón. Por eso podemos considerar a la feminidad como una elaborada construcción ideológica basada en los deseos masculinos. La mujer "*femenina*" sería quien asumiría ese rol, impuesto por el

patriarcado, y, una vez asumido este rol sumiso y dependiente, sería completamente feliz, es decir, alienada.

Hay dos tipos de crítica feminista a la manera tradicional de estudiar la Historia, dos maneras de cuestionar los "*cánones académicos*" establecidos:

- La "*Revisionista*", que, en pocas líneas, podemos definir como la metodología preferida por los/las historiadores y enseñantes que optan por el "*feminismo de la igualdad*", y que se puede resumir en "*añadir mujeres y agitar*". Esto supone investigar, buscar en los viejos textos mujeres olvidadas para añadirlas a la Historia general: Safo, Hiparquia, Hipatia, la reina Gorgo de Esparta, Artemisia de Halicarnaso, Aspasia de Mileto, Erina, Friné, Olimpia de Epiro y Macedonia, la emperatriz Teodora de Bizancio, etc, etc.
- La segunda opción, más "*radical*", es cuestionarse la idea del "*canon académico histórico*" en su totalidad. Una especie de "*¡Abajo las Jerarquías!*". Algo mucho más complicado y más difícil de llevar a cabo por el peligro de caer en el panfleto y en la proclama. Aquí hay que cuestionarse cómo se han construido dichos "*cánones*", como los historiadores, escritores y filósofos helenos (todos varones), llevados y dominados por la misoginia de su tiempo, plasmaron unos prejuicios relativos a las mujeres que, en lo esencial, se han mantenido vivos y vigentes durante siglos y milenios. Esta segunda opción suele ser la preferida por quienes se posicionan en el llamado "*feminismo de la diferencia*".

En la película "**300. El origen de un imperio**", dirigida por Noam Murro, la reina Artemisia está interpretada por la bella actriz Eva Green. Su vestuario no es el que llevaría una aristócrata griega del siglo V a. C, sino el que vestiría una muchacha de una tribu urbana "*gótica-siniestra*", el de una "*reina del black metal*" o el de una heroína de "*cómic*" futurista de ciencia-ficción postapocalíptica. La película es francamente mala, un monumental despropósito lleno de anacronismos (en los barcos, en el vestuario, en la actuación de Temístocles en la batalla de Maratón...), descuartizamientos, miembros seccionados, ríos de sangre y violencia a raudales, testosterona, abuso del "*croma*" y luchas a cámara lenta. Es un film de acción antes que una película histórica, una curiosa mezcla de "*cómic*" y estridente *videoclip*. Un *blog* de cine la ha calificado, con bastante acierto, como "*épica a hostias*".

La película empieza con un largo “*flash black*” consistente en la narración que hace la reina Gorgo (interpretada por la actriz Lena Headey) a los soldados espartanos contándoles la batalla de Maratón, en la que el rey persa Darío I muere a consecuencia de una flecha que le ha disparado nada más y nada menos que el ateniense Temístocles (Sullivan Stapleton), quien, además, según la película, es el autor de la estrategia que llevó a los griegos a la victoria, cuando, en realidad, el general que comandaba los ejércitos helenos en Maratón era Milcíades. Además el rey Darío, tercer soberano persa de la dinastía Aqueménida, no viajó a Grecia y, por tanto, no pudo participar en esta batalla. Darío I murió de una enfermedad, en el año 486 a. C., dos años después de la derrota persa de Maratón (que tuvo lugar en el 490 a. C.), mientras preparaba otra expedición contra Grecia, según el texto de Heródoto:

Tras nombrar a Jerjes futuro rey de los persas, Darío se dispuso a entrar en campaña. Pero resulta que, un año después de los hechos que he contado y de la sublevación de Egipto, a Darío le sorprendió la muerte en plenos preparativos... (32)

Está enterrado en la tumba rupestre de Naqsh-e-Rostam. El ejército persa estaba, pues, al mando de Artafernes, que era sobrino del monarca, y de Datis, que era el almirante de la flota.

Por otra parte, el armamento de los griegos era el propio de una *infantería pesada*. Los hoplitas atenienses y sus aliados llevaban un casco, una coraza, unos protectores para sus piernas, brazales de bronce y un escudo redondo llamado “*hoplon*”, palabra de la cual proviene la voz hoplita, una lanza larga, “*dory*”, y una espada. Toda la armadura, llamada panoplia, debía pesar unos 20 kilos aproximadamente. En esta película, en cambio, aparecen casi desnudos, luciendo una musculatura de gimnasio incrementada por el consumo de anabolizantes, con solo un pequeño taparrabos y una capa, nada que ver con el equipamiento militar que los griegos debieron usar en la batalla de Maratón y en todas las batallas en las que participaron.

Siguiendo con la narración del argumento de la película, hay que añadir que el joven príncipe Jerjes (el actor y modelo brasileño Rodrigo Santero) es testigo de la muerte de su padre y busca vengarse de los griegos. Cuando regresa a tierras iránias, Artemisia (Eva Green), comandante de la marina persa, aconseja a Jerjes que sólo un dios podrá vencer a los griegos. Entonces Jerjes inicia un viaje al desierto. Penetra en una misteriosa cueva donde se baña en un extraño y mágico líquido dorado que hay

en su interior. Esto le provoca una metamorfosis que le transforma en un enojado “Rey dios” de tres metros de altura, cargado de “*piercings*” y con más apariencia de una “*Drag Queen*” de los carnavales de las Palmas de Gran Canaria que de un “Rey de Reyes” (*Shāhanshāh*) persa... (Para conocer la religión persa, aconsejo a quien lea estas líneas que consulte el **APÉNDICE 3**, al final de este trabajo).

Cuando las tropas persas, al mando de Jerjes, penetran, por segunda vez, en territorio heleno, Temístocles viaja a Esparta para buscar una alianza con esta *polis* guerrera y entrevistarse con el rey Leónidas (Gerard Butler). Pero no se produce tal entrevista, ya que el monarca espartano ha ido a consultar al Oráculo (¿el de Delfos?). Su encuentro con la reina Gorgo resulta decepcionante porque la dama espartana se opone a una alianza con Atenas.

Más tarde Temístocles se entera, por su amigo Escilias, de que Artemisia es una griega renegada, pero que se ha unido al ejército persa porque unos soldados helenos mataron a toda su familia y a ella la convirtieron en una especie de “*esclava sexual*” (¡qué fuerte!), hasta que se hartaron de ella y la abandonaron, medio muerta, en una calle solitaria, siendo encontrada por un soldado persa de raza negra. Ese es, pues, el origen del odio de la renegada Artemisia hacia los griegos y de su insaciable sed de venganza. Pero... ¿no escribió Heródoto, en su Libro VII, que Artemisia era una tirana, una aristócrata doria, hija y madre de tiranos que, al quedarse viuda, se hizo cargo del reino de Halicarnaso ejerciendo la tiranía en nombre de su hijo? Estas son las palabras de Heródoto:

Ejercía personalmente la tiranía, pues su marido había muerto y contaba con un hijo todavía joven, y tomó parte en la campaña, cuando nada la obligaba a hacerlo, impulsada por su bravura y arrojo (33).

En la siguiente escena, vemos a Temístocles como comandante supremo de la flota ateniense. Artemisia queda impresionada por la valentía y audacia de Temístocles y desea entrevistarse con él en su propio barco. Su intención es tratar de convencerlo para que se una a ella y lo hace intentando seduciéndole con su deslumbrante belleza, pero su encuentro erótico resulta ser una mezcla de lucha libre y sexo. Decepcionada le deja ir, pero jura vengarse...

En la escena que viene a continuación, los persas derraman un líquido negro y espeso en el mar y envían a varios soldados suicidas, una especie de peligrosos “*kamikaces*

avant le lettre”, o fanáticos “*yihadistas*”, cargados de zurrónes de cuero llenos de alquitrán para lanzarlos, como bombas, contra los navíos griegos. Artemisia, desde su propio barco, dispara flechas incendiarias provocando la destrucción de los navíos helenos.

Hay que decir que ni los griegos ni los persas usaron alquitrán o cualquier otro líquido incendiario en las batallas navales que tuvieron lugar en las Guerras Médicas. El llamado “*Fuego Griego*” fue un arma bizantina, no del siglo V a. C. Se cree que su autor fue un cristiano sirio llamado Calínico de Heliópolis, que consiguió la fórmula de los alquimistas de Alejandría. El “*Fuego Griego*” consistía en una sustancia inflamable que se empleaba, sobre todo, en las batallas navales porque tenía la cualidad de arder en el mar. Su fórmula era un secreto de Estado e intentar conocer su composición se podía castigar con la pena de muerte. Aunque todavía hoy en día no se sabe, a ciencia cierta, qué ingredientes formaban parte del “*Fuego Griego*”, muchos expertos opinan que entre sus variados componentes habría petróleo, cal viva, azufre, resina, grasa, salitre y nafta. Los guerreros bizantinos lanzaban chorros ardientes de “*Fuego Griego*” a sus enemigos empleando sifones como si fueran cañones, o, más bien, lanzallamas.

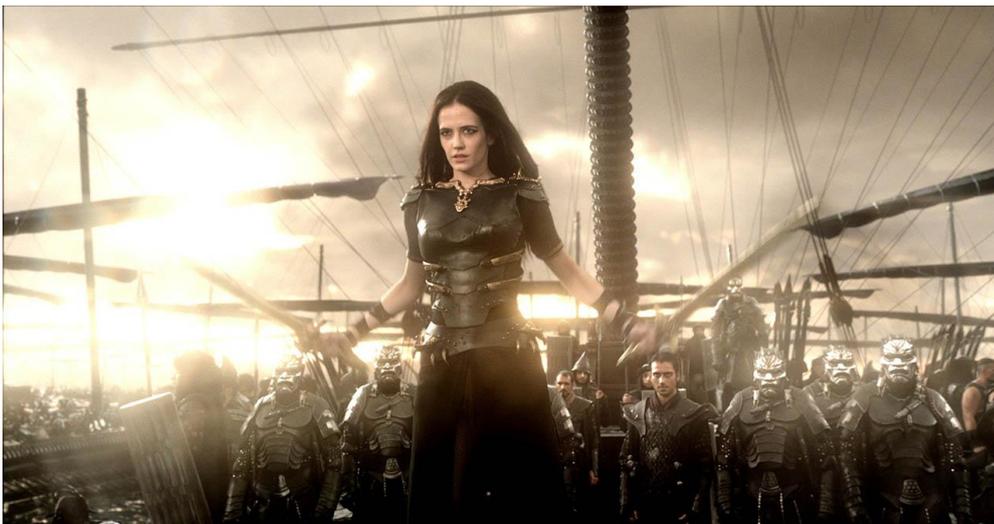
Seguimos, después de este breve inciso, analizando el argumento de la película. Para huir del fuego, Temístocles se arroja al mar, donde observa, con espanto, como unos peces monstruosos se le acercan para devorarlo... ¿Una alucinación de un hombre a punto de morir ahogado? Sin embargo es rescatado por uno de sus soldados. Artemisia cree que ha muerto en el combate y se retira de la batalla.

Poco después Temístocles se entera de que el rey Leónidas y sus 300 guerreros *espartiatas* han muerto en las Termópilas. En Atenas el deforme, y jorobado, traidor Efiates le informa que Jerjes atacará su ciudad. Temístocles le perdona la vida para que vaya a ver a Jerjes y le comunique que la flota griega se reunirá y presentará batalla junto a la isla de Salamina. A continuación, Temístocles viaja a Esparta para pedirle a la reina Gorgo que le ayude, pero la viuda de Leónidas se limita a llorar la muerte de su esposo. Antes de marcharse, Temístocles, le entrega a Gorgo la espada de Leónidas y le dice que venga a su marido.



Atenas es destruida y todos sus templos de la Acrópolis son quemados por los soldados persas del ejército de Jerjes. Artemisia se entera de que Temístocles está vivo y se prepara para la batalla contra los deseos del rey persa, que la abofetea con violencia. Es decir, en la película ocurre justamente lo contrario de los que nos ha narrado el historiador Heródoto de Halicarnaso. Finalmente los barcos griegos se enfrentan a los persas en la batalla de Salamina.

En una de las escenas más chocantes, Temístocles toma un caballo y, saltando de barco en barco, llega hasta el navío de Artemisia para pedirle que se rinda, pero la guerrera se enfrenta a él en un curioso duelo en el que la mujer le dice con rabia: *“Luchas mejor que follas”*. En este duelo final Artemisia muere atravesada por la espada de Temístocles, pero antes de morir la mujer contempla como los guerreros espartanos han unido sus barcos, con velas pintadas con la letra lambda de color rojo, emblema de Esparta, a los barcos atenienses. Temístocles y la reina espartana Gorgo se han unido, por fin, contra los invasores persas para dar la batalla decisiva a los invasores persas.



En estos dos fotogramas de la película **“300. La conquista de una imperio”** vemos a la bella actriz Eva Green, que interpreta a la villana Artemisia. El vestuario y la armadura que lleva son pura fantasía *“gótica-siniestra”*, nada que ver con las ropas y las corazas griegas.

NOTAS

- (1) Aristófanes: *Lisístrata*, Versos 680-681, Madrid, 3^a Edición, 1992, Alianza Editorial, Pág. 143. Traducción de Elsa García Novo. Este cepo, *tetreménon xýlon* (...era un madero perforado que servía para inmovilizar al condenado por un tiempo determinado y, también, para exponerle a la ignominia y a la humillación públicas. Cantarella, Eva. *Los suplicios en Grecia y Roma*, Madrid, 1996, Akal, Pág. 41. Este suplicio lo cita Aristófanes en otras dos comedias suyas: *Los Caballeros* (Versos 1048-1049) y *Las Nubes* (versos 591-592), donde el gran autor cómico condena al demagogo Cleón.
- (2) Cartledge, Paul: *Los griegos*, Barcelona, 2001, Crítica, Pág. 74. Aquí podemos citar a la reina Gorgo de Esparta, viuda del famoso rey Leónidas, el héroe de las Termópilas. Del mismo autor: *Termópilas. La batalla que cambió el mundo*, Traducción de David León y Joan Soler, Barcelona, 2007, Ariel, Págs. 133-134.
- (3) Heródoto: *Historia*, Libro VII, 99.
- (4) Schlögl, Albert: *Heródoto*, Madrid, 2000, Alderabán Ediciones, Págs 22-23.
- (5) Rodríguez Adrados, Francisco: "*Introducción a la Historia de Heródoto*", 1984, Ed. Gredos, Biblioteca Clásica Gredos, Págs. 16-17.
- (6) Con excepción del Peloponeso.
- (7) Libro VIII. El subrayado es mío y refleja la mentalidad de la época.
- (8) Los persas jamás trataban a los pueblos sometidos en régimen de igualdad, por tanto no podían ser considerados "*aliados*". Este concepto es griego, no persa (aliados en griego es "*summajoí*").
- (9) Libro VIII, 69, 2, 1.
- (10) Strauss, Barry: *La batalla de Salamina. El mayor combate de la Antigüedad*, Barcelona, 2006, Edhasa, traducción de Ignacio Alonso, Pág. 39.
- (11) Libro VIII, 69. Más adelante veremos la absurda y novelesca "*tesis*" de escritor italiano Valerio Manfredi, quien confunde esta "*estima*" de la que habla Heródoto con la condición de amante del rey persa. Esta curiosa "*tesis*" aparece escrita en su libro *Akrópolis*, citado en la nota 13. En pocas palabras: que la fantasía no tiene límites...
- (12) Strauss, Barry: *La batalla de Salamina. El mayor combate naval de la Antigüedad*, Barcelona, 2006, Edhasa, Págs. 179-180.
- (13) Polieno: *Stratagemata*, VIII, 53, 1, Traducción de José Vela Tejada y Francisco Martín García, Madrid, 1991, Ed. Gredos, Págs. 554 y 555.

- (14) Strauss, Barry: *La batalla de Salamina. El mayor combate de la Antigüedad*, Barcelona, 2006, Edhasa, Págs. 276-278, 293-295, 300, 302-304.
- (15) Manfredi, Valerio: *Akrópolis*, Barcelona, 2000, Grijalbo, Pág. 14.
- (16) *Enciclopedia Espasa-Calpe*, Tomo VI, Madrid, 1954, Pág. 478.
- (17) Montero, Rosa: *Historias de mujeres*, Madrid, 1995, Ed. Alfaguara, Pág. 25. Strauss, Barry: *La batalla de Salamina. El mayor combate de la Antigüedad*, Barcelona, 2006, Ed. Edhasa, Págs. 174 y 411. Focio, Myrobiblion, Codex 190, que hace referencia a una obra, hoy perdida, llamada *Nueva Historia* por Ptolomeo Queno: “Y muchos otros, hombres y mujeres, sufriendo del mal de amor, fueron liberados de su pasión saltando desde lo alto de la roca, como Artemisa, hija de Lygdamis, que hizo la guerra con Persia. Enamorada de Dárdano de Abidos y despreciada, le arrancó los ojos mientras él dormía, pero como el amor aumentaba bajo el influjo de la rabia divina, fue a Léucade siguiendo las instrucciones de un oráculo y se lanzó desde lo alto de la roca, se mató y fue enterrada”.
- (18) Rodríguez Adrados, Francisco: *Lírica Griega Arcaica*, Madrid, 1986, 1^a Reimpresión, Ed. Gredos, Págs 336 –337. Mayor Ferrándiz, Teresa María: “Safo, la décima Musa. Su vida y su voz a través de sus versos”, En *Biografías literarias (1975 - 1997)*, Actas del VII Seminario Internacional del Instituto Teatral y Nuevas Tecnologías de la U.N.E.D. José Romera Castillo y Francisco Gutiérrez Carbajo Editores, Madrid, 1998, Visor libros, Págs. 503 – 514.
- (19) Fernández-Galiano, Manuel: “*Introducciones y versiones rítmicas de las Tragedias Troyanas de Eurípides*”, Barcelona, 1986, Ed. Planeta, Pág.658. Mayor Ferrándiz, Teresa M^a, Op. Cit., Pág. 512. La roca Leúcade aparece citada en la *Odisea* (XIV, 11-15), donde se la relaciona con el Más Allá.
- (20) Rodríguez Adrados, F.: *Lírica Griega Arcaica*, Pág. 408.
- (21) Strauss, Barry: *La batalla de Salamina*, Barcelona, 2006, Edhasa, Págs. 302-304 y 318-312.
- (22) Polieno: *Estratagemas*, VIII, 53, 3, Madrid, 1991, Gredos, Pág. 555.
- (23) Fernández Uriel, Pilar y Vázquez Hoys, Ana María: *Diccionario del Mundo Antiguo*, Madrid, 1994, Ed. Alianza, Págs. 125 y 372.
- (24) *Diccionario de la civilización griega*, Larousse, Barcelona, 1996, Planeta, Pág 194. Martínez-Pinna, Jorge; Montero Herrero, Santiago y Gómez Pantoja, *Diccionario de personajes históricos griegos y romanos*, Madrid, 1998, Istmo, Pág. 255.

- (25) Ricoeur, Paul: *Ideología y Utopía*, Barcelona, 1989, Gedisa, Pág.201.
- (26) Sammali, Jacqueline: *Ser kurdo ¿Es un delito?*, Tafalla, 1999. Txalaparta, Pág. 111.
- (27) Yerasimos, Stéphanos: "El Mediterráneo oriental: entre ruptura y transición", en *Identidades y conflicto de valores. Diversidad y mutación social en el Mediterráneo*, María-Ángels Roque (ed.), Barcelona, 1997, Icaria, Págs.289 y 282.
- (28) Sahinter, Menter: *Origen, influencia y actualidad del kemalismo*. Edición a cargo de Ana García Jiménez, Madrid, 1998, Págs. 11-13. Roux, Jean-Paul: *Histoire des Turcs*, París, 1984, Fayard.
- (29) Blumenberg, Hans: *La risa de la muchacha tracia. Una protohistoria de la teoría*, Valencia, 2000, Pre-textos, Pág. 15.
- (30) Cartledge, Paul, Op. Cit., Pág. 80.
- (31) Diario *El País*, 21 de enero del 2001. Cita tomada del libro del periodista Vicente Verdú: *El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción*, Barcelona, 2003, Anagrama, Pág. 182).
- (32) Herótoto, *Historia*, VII, 1, 4.
- (33) Heródoto, *Historia*, VII, 99.

FOTOGRAFÍAS

La nave "Olympias", reconstrucción de un trirreme ateniense de época clásica. Hay que destacar su afilado espolón de proa, con el que embestía a los barcos enemigos en el combate.





Un fragmento de un relieve perteneciente al Mausoleo de Halicarnaso, que se puede ver en la actual



Bodrum, en el mismo lugar donde estaba situado el famoso Mausoleo (Foto de Teresa M^a Mayor).



Bodrum: Ruinas del Mausoleo de Halicarnaso. Estado actual (Fotos de Teresa M^a Mayor).



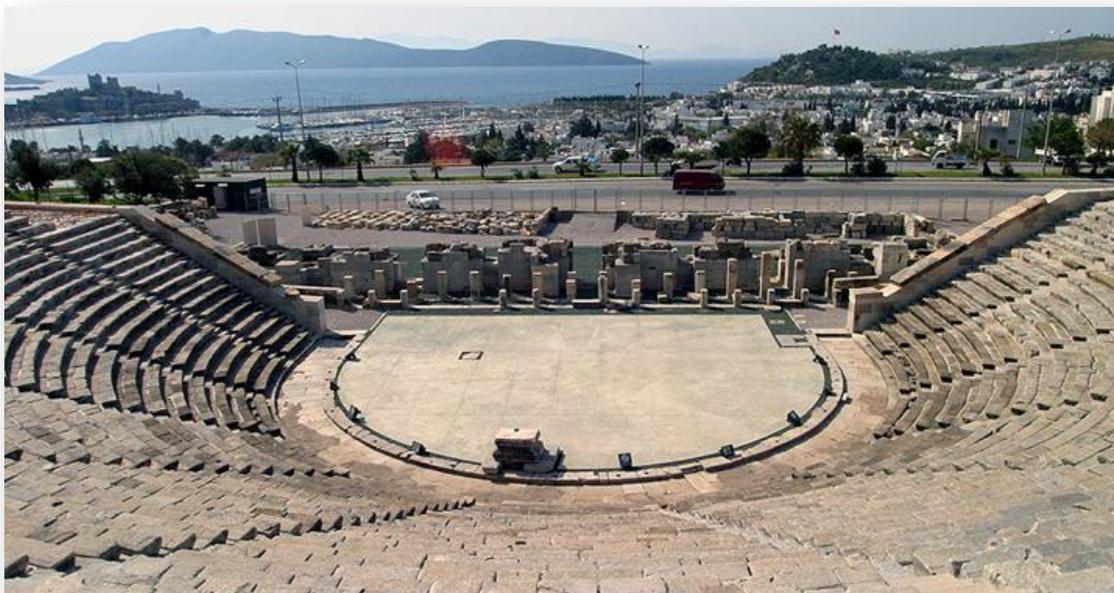
Más imágenes de las ruinas de lo que en su día fue una de las siete maravillas de la Antigüedad: el Mausoleo de Halicarnaso. Obsérvese el grosor de los tambores que formaban las columnas (Fotos de Teresa M^a Mayor).



Maqueta del célebre Mausoleo de Halicarnaso que se puede ver en el pequeño Museo que se encuentra junto a las ruinas del Monumento.



En la fotografía se ve la imagen del Castillo que los Caballeros de San Juan construyeron en lo que fue la antigua Halicarnaso, actual Bodrum., para ello emplearon piedras procedentes del Mausoleo, que un terremoto había destruido. Actualmente es un importante Museo de Arqueología Submarina (fotos de Teresa M^a Mayor).



Teatro helenístico de la ciudad turca de Dodrum, antigua Halicarnaso, contemporáneo del Mausoleo. Actualmente todos los veranos tiene lugar un importante festival de teatro y música. En ambas fotografías se puede ver, al fondo, el Castillo que construyeron los Caballeros de San Juan. (Fotos de Teresa M^a Mayor).

APENDICE N° 1: DE HALICARNASO A LEÚCADE

Resulta absurdo pensar que la tirana Artemisia 1^a de Halicarnaso para suicidarse tuviera que ir a la isla jónica de Leucas, o Leúcade, teniendo en cuenta que los atenienses habían puesto precio a su cabeza (**diez mil dracmas**, según nos cuenta el historiador Heródoto, en VIII, 93, 2)... La distancia entre Halicarnaso, Asia Menor, actualmente Turquía, y Leucas es considerable. ¿Cómo podría haber hecho este *último viaje*? ¿Por tierra? ¿Por mar, haciendo escala en alguna isla del archipiélago de las Cícladas, en Cítera por poner un ejemplo, pasando por el cabo Ténaro, en territorio dominado por Esparta, al sur del Peloponeso...?

APENDICE N° 2: LA DINASTÍA DE LOS AQUEMÉNIDAS

Ciro II: 559 – 528 a.C., llamado “*El Grande*”. Sometió Asia Menor, Media (553), derrotó al rey Creso de Lidia (549) y conquistó Babilonia (539). Para el profeta judío Deuterolisaías este monarca persa es *el Ungido, el Mesías*, un Enviado del propio Yavé, por haber destruido Babilonia y haber dado la libertad a los israelitas, permitiendo la reconstrucción del Templo de Jerusalén (“*Crónicas*”, 2, 36, 22-23 y “*Esdra*”, I, 1-11):

“Así dice el Señor a su Ungido, Ciro,

a quien lleva de la mano:

doblegaré ante él las naciones, desceñiré las cinturas de los reyes,

abriré ante él las puertas, los batientes no se cerrarán.

Yo iré delante de tí, allanándote los cerros;

haré trizas las puertas de bronce, arrancaré los cerrojos de hierro,

te daré los tesoros ocultos, los caudales escondidos “... (Segundo Isaías, 45, 1-2)

Cambises II: 528 – 523 a.C.

Darío I: 521 – 486 a. C. Primera Guerra Médica. Derrotado por los griegos en la batalla de Maratón (490 a. C.).

Jerjes I: 485 – 465 a. C. Participó en la Segunda Guerra Médica. Batallas del Paso de las Termópilas y Cabo Artemision. Incendio de Atenas, para vengarse por el incendio de Sardes (480 a. C.). Derrotas persas en Salamina y Platea (490 a. C.).

Artajerjes I: 464 – 424 a. C.

Darío II: 423 – 404 a. C.

Jerjes II: Reinó solamente un mes y medio. Murió asesinado.

Artajerjes II: 405 – 359 a. C. Se enfrentó a su hermano Ciro el Joven (424 – 401a C.), que murió en la batalla de Cunaxá. Después de este enfrentamiento armado, los mercenarios griegos se retiraron, guiados por Jenofonte, quien los puso a las órdenes del rey de Esparta Agesilao. Este hecho lo inmortalizó el propio Jenofonte en su célebre obra “**Anábasis**”.

Artajerjes III: 359 – 338 a. C.

Darío III Codomano: 381 – 330 a. C. Derrotado por el rey macedonio Alejandro Magno en la batalla de Issos (noviembre del 333 a. C.) y en la de Gaugamela, conocida, también, como Arbelas (principios de octubre del 330 a. C.). Fue asesinado por el sátrapa Bessos.

Alejandro Magno: 356 – 323 a. C.

Como ya se ha señalado, en estas mismas páginas, los reyes Aqueménidas no estaban considerados dioses vivos (como los *faraones* egipcios), ni siquiera descendientes, lejanos o próximos, de un dios (como los Heraclidas espartanos, miembros de las dos dinastías reinantes, Agíadas y Euripóntidas), pero su poder sí que le era otorgado por el dios Ahura Mazda :

“Habla el rey Darío: yo soy rey por la voluntad de Ahura Mazda. Ahura Mazda me otorgó el reino (...) Por la gracia de Ahura Mazda, yo me convertí en rey. Ahura Mazda me concedió el reino...” (Schrader, C.: **“Tipología y orígenes de la historiografía griega”**. En **Los orígenes de la oratoria y la historiografía en la Grecia clásica**”, Publicaciones de la Universidad de Zaragoza, Págs. 83 – 86).

APÉNDICE Nº 3: LA RELIGIÓN PERSA, EL MAZDEÍSMO

Ahura Mazda es el Señor del Universo, el Sabio Señor, el Único, el dios de la Luz, que no puede representarse (aniconismo). Es ayudado por su ejército de *Santos Inmortales* o *Arcángeles* (Amesha Spenta) en su lucha contra Angra Mainyu (El

Espíritu Destructor) , llamado también Ahrimán , el señor del Mal, que , a su vez , también cuenta con su ejército de “*daevas*” , o demonios maléficos (Aeshma, el Furor, Azi , la Codicia, Apaosha, el Abrasador...). Los Arcángeles de Ahura Mazda (Ormazd, en persa) son seis (un hexágono como las seis puntas de la estrella de David) y, según el profeta Zaratustra, llamado también Zoroastro, son, según la triple división de Dumézil:

Vohu Manah (Buen Pensamiento)

Asa Vahista (Orden Bueno, Recta Elección) ----- Función Sacerdotal

Xasathra Vairya (Potencia Deseable, Buen Imperio)

Spenda Armaiti (Pensamiento Piadoso, Santa Devoción) ----- Función Guerrera

Haurvatat (Integridad, Salud)

Ameretat (Vida Eterna, Inmortalidad) ----- Función Económica

El mazdeísmo es una religión dualista. En realidad, un dualismo sistemático, una lucha continúa del BIEN contra el MAL. El mundo es una especie de “*Campo de Batalla*”, donde se enfrentan las fuerzas de Bien con las del Mal. Todo ser humano tiene que escoger entre el Bien y el mal y su elección, y posterior conducta, será recompensada o castigada, después de su muerte, pudiendo ir su alma al cielo o al infierno, que era concebido como una cruenta ordalía de fuego. Su ética estaba basada en una “*trilogía*”: buenos pensamientos, buenas palabras y buenos actos. Después de la muerte tendría lugar el “*juicio del alma*”. Al final de los tiempos aparecería un “*salvador*” y los muertos resucitarían. La práctica sacrificial se centraba en el fuego y en el uso de algunas drogas psicodélicas, como el “*Haoma*”, la bebida sagrada de los rituales, en cuya composición entraba la “*Amanita Muscaria*”, un hongo alucinógeno que también emplean los *chamanes* siberianos...

La religión y el Imperio de la clase gobernante persa, los Reyes Aqueménidas, era ética y universalista, a diferencia del nacionalismo sangriento y opresivo de los reyes de la llamada Dinastía Caldea del Imperio Neobabilónico (Nabucodonosor II). Los persas respetaban las creencias religiosas de los pueblos sometidos (por ejemplo del pueblo judío), siempre que fueran compatibles con la aceptación de su autoridad

política indiscutible. Ciro el Grande acabó con las deportaciones y las destrucciones de templos realizadas por sus predecesores.

Algunas comunidades kurdas se dieron cuenta de que en las creencias “*antiguas*” y las “*nuevas*” hay muchos puntos de contacto, por esto tienen una cierta tendencia al “*sincretismo*”. Así pues la institución del Año Nuevo (“*Newroz*”), que festeja la llegada de la Primavera (21 de marzo), es una fiesta que celebran, simultáneamente, los kurdos, los musulmanes iraníes y los seguidores de la religión de Zoroastro.

En la actualidad, después de la revolución “*Jomeinista*” de 1978 – 1978, los mazdeístas iraníes son unos 30.000, con una fuerte tendencia a la disminución. Fuera del Irán existen unos 120.000 mazdeístas que reciben el nombre de “*parsis*” (persas). Se localizan en La India, Pakistán y Sri Lanka. A principios del siglo XX entraron en contacto con la famosa Sociedad Teosófica, como representantes de un saber milenario.

BIBLIOGRAFÍA

1. *Nueva Biblia Española*: Traducción de Luí́s Alonso Schokel y Juan Mateos, Madrid, 1975, Ed. Cristiandad.
2. Díez de Velasco, Francisco: *Hombres, ritos, Dioses. Introducción a la Historia de las religiones*, Madrid, 1995, Ed. Trotta, Págs 304 – 310 y 342 – 343.
3. Johnson, Paul: *La historia de los judíos*, Buenos Aires, 1991, Javier Vergara Editor S.A., Págs 93 – 94 y 184.
4. Tejel, Jordi: *Els kurds, a l'ombra de la història*, Barcelona, 1999, Llibres de L'index, Págs. 121– 123.
5. Trías, Eugenio: *Diccionario del Espíritu*, Barcelona, 1996, Ed. Planeta, Págs. 118 – 121.